

Elevados sobre la tierra:  
memoria y materia del hórreo asturiano

Los hórreos asturianos, elevados sobre pilares y suspendidos entre la tierra y el cielo, han sido durante siglos guardianes de la vida rural. En ellos se almacenaba el grano, pero también el tiempo, la memoria y la identidad de las comunidades que los construyeron.

Esta serie fotográfica en blanco y negro propone una lectura contemporánea de estas arquitecturas tradicionales: una mirada que combina documentación, emoción y una sensibilidad casi arqueológica hacia la materia.

Las imágenes no solo registran estructuras; revelan gestos, texturas, heridas, supervivencias. La madera retorcida, la piedra erosionada, los tornarratos, los tejados inclinados, los animales que conviven con ellos, los restos de incendios, los objetos cotidianos... Todo compone un retrato coral de un patrimonio vivo, frágil y resistente a la vez.



La torsión del poste parece desafiar la lógica constructiva. La materia viva se convierte en soporte, recordando que la arquitectura rural nace del diálogo directo con el entorno.



Convivencia entre lo funcional y lo estético. La madera, marcada por el tiempo, se convierte en un mapa de historias.





La acumulación de materia y la sombra evocan la vida doméstica, capturando la economía del gesto rural: nada sobra, todo se guarda.



Dos arquitecturas que conviven desde siglos trazan un diálogo entre lo sagrado y lo cotidiano, entre lo elevado por fe y lo elevado por necesidad.



Relación entre naturaleza, alimento y arquitectura.  
La vida se posa sobre lo que la sostiene.



La repetición y simetría generan una escena casi surrealista. La elevación se convierte en gesto identitario, en forma de habitar el paisaje.





Los elementos técnicos se vuelven esculturas, subrayando la inteligencia ancestral de un sistema constructivo diseñado para proteger lo esencial.



La mezcla de piedra, madera y metal revela capas de tiempo, como un inventario visual de técnicas, reparaciones y supervivencias.





El hórreo no es solo arquitectura, sino parte de un ecosistema humano y animal que lo rodea y lo sostiene.





La memoria también arde. Esta imagen muestra la vulnerabilidad del patrimonio y la fuerza simbólica de lo que resiste incluso después del fuego.

El hórreo es una arquitectura que se eleva para proteger. Su altura no es monumental, sino práctica; su belleza no es ornamental, sino consecuencia.

En estas fotografías, esa elevación se convierte en metáfora de resistencia, de memoria, de cuidado. Esta serie propone una lectura contemporánea de un patrimonio que sigue vivo, aunque a veces amenazado. Cada imagen es un recordatorio de que la cultura material no es un resto del pasado, sino un organismo que respira, se transforma y nos interpela.

Fotografías de Marcos Fernández González  
2026